

POEMAS / Antonio Cisneros

LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO

La Virgen del Carmelo se bambolea

en la parte superior del escenario.

No es gran cosa, tal vez,

si la comparo con la Virgen de Lourdes,

tan serena, o con la pompa

de Nuestra Señora de París.

Sus ojos compasivos, sin embargo,

me llenan de consuelo.

Igual que las hileras de faroles

cuando el día se acaba

y la noche no llega.

Las luces amarillas de los postes

sobre el acantilado.

Sólo hay que ver
el modo en que sostiene al Niño Dios.
No como las madres primerizas,
siempre atribuladas, predispuestas
a dejarlo caer al primer empujón.
Ese rostro impasible, por el contrario,
de matrona, más que de madonna,
nos anuncia que detrás de la muerte,
donde cesan la gula y el afán,
hay un manto protector
para esta pobre almita,
ya libre de las carnes registradas
por las tomografías,
sin tiempo ni memoria y, sin embargo,
ardiendo como un chanchito
entre el fogón.
Imposible, es verdad, imaginarse
todo ese sufrimiento
sin tener la certeza
de que la Santa Virgen del Carmelo,

rechoncha y bonachona,
va a extendernos sus brazos
una vez pasados miles de años
o millones tal vez
(en el purgatorio, total,
no existe el tiempo)
y enjugar nuestro llanto y despojarnos
de piojos y alimañas
con paciencia infinita.
Mientras en las alturas resuenan las trompetas
y en la tierra
nos festejan los nietos adorados
con ramas de algarrobo y un tambor.

UN VIAJE POR EL RÍO NANAY

No es en esos meandros, donde viven los peces de agua dulce, que yo el gran capitán broadcaster destajero, con cien pesos al mes mientras navego y ciento treinta cuando estoy en tierra, he sentido terror por lo que resta de mi ordinaria vida. El terror a las garras del tigre, frías rodajas de cebolla cruda, lo sentí más bien en la terraza de ese bar tenido por alegre, amasijo de piernas y traseros bajo el ardiente el sol, a pocos metros de la Plaza de Armas, resbaloso igual que la cubierta de un crucero barrido por las olas, clavado en una roca sobre el río Nanay.

Estamos en la época del año en que las tortugas desovan en la playa y luego se sumergen río abajo como si huyeran (o se avergonzaran) de sus crías, es decir unos quelonios cegatones y fofos, buenos para estofarlos a partir del medio año de edad. Ají pipí de mono. Revuelo de las faldas de algodón abiertas en el muslo hasta esas ancas saladas y perfectas. Un coleóptero transita entre la luz. Se hace papilla. Y, sin embargo, quieto es el vuelo del martín pescador sobre las aguas quietas. Nada hace sospechar los turbulentos cardúmenes de peces, girando en lo profundo como moscas en torno al orificio enloquecido de una dorida real.

También hay un silencio cerril azul de Prusia. Detrás de las persianas de madera, unas veinte cabezas de ganado cebú se sobajean con tal solicitud que todo hace pensar en un perverso pacto, más oscuro que una deuda de juego o una historia de amor. Por lo demás, tan sólo hay que mirar cómo descenden las aguas del Nanay al pie de mi ventana para saber que tenemos casi 40 grados a la sombra y 90 % de humedad. Ahora sé que en los grandes calores debo alejarme de las mantas de lana y de los cuerpos que dan horrible sed y calientan el aire.

De pronto, sin qué ni para qué, termina el pastizal bajo la niebla. Allá donde el paisaje es un grabado con fresnos, eucaliptos y matas de geranio. Hay además una mujer salpicada por las altas mareas que revientan contra los farallones. Está casi desnuda y observa una manada de delfines a prudente distancia. En realidad hay muchas cosas más. Pero ninguna es tuya, diabético tedioso. Calla y aprende. Sólo posees algunas unidades de insulina y una piara de cerdos amarillos.